

LA ÚLTIMA GUERRA DE LA ERA VICTORIANA: SUDÁFRICA, 1899-1902

HILDA VARELA BARRAZA

El Colegio de México

Las reconocidas tradiciones del ejército británico de la era victoriana fueron ampliamente probadas en la última guerra del reino, tanto en el nivel de la ineptitud y de la incompetencia expuesta por algunos de los altos comandantes y de los servicios administrativos, como en el valor mostrado por los oficiales de regimiento y por sus hombres ante un enemigo bien armado y valiente [...] Pero no había duda en cuanto al resultado que podrían obtener: [...] las posibilidades de una derrota no existían. Sudáfrica era un teatro aislado por el mar de poder británico [...]¹

ENTRE FINALES DEL SIGLO XIX E INICIOS DEL XX, tuvo lugar en la parte sur de África una guerra que despertó polémicas en todo el mundo. Años más tarde, la Guerra Sudafricana fue convertida en uno de los grandes mitos políticos del nacionalismo afrikáner, denominada en la historiografía oficial afrikáner como la “segunda Guerra de Liberación” en contra del yugo colonial británico.² Registrada en la gran mayoría de los libros de historia y política mundial como la Guerra de los Bóers o como la Guerra Anglo-Bóer,³ a pesar de que marcó la historia de Sudáfrica en el siglo XX y de que sus orígenes siguen siendo confusos,⁴ en forma irónica se ha convertido en una guerra casi

¹ J.M. Roberts, 1990, *The Penguin History of the World*. Londres, Penguin Books, reimpresión, p. 743.

² En la historiografía oficial afrikáner, el enfrentamiento entre el gobierno británico y la República del Transvaal, a inicios de la década de 1880, es registrado como la primera Guerra de Liberación. En otras fuentes se le denomina la Guerra del Transvaal. Cfr. Thompson, 1990, *A History of South Africa*, New Haven, Yale University.

³ J.M. Roberts, 1990, David Fieldhouse, 1978, *Economía e imperio. La expansión de Europa 1830-1914*. México, Siglo XXI; David Fieldhouse, 1992, *Los imperios coloniales desde el siglo XVIII*, México, Siglo XXI, quinta edición; Paul Kennedy, 1992, *Auge y caída de las grandes potencias*. Barcelona, Plaza y Janés, 3a. edición.

⁴ Max Beloff, 1987, *Britain's Liberal Empire 1897-1921*, vol. 1: *Of Imperial Sunset*, Londres, Macmillan, 2a. edición, p. 75.

olvidada por el mundo, aunque por lo general es interpretada como un fenómeno más vinculado con la historia de las pugnas de poder internacional que con la historia africana.

Para Gran Bretaña fue la guerra más sangrienta, larga, costosa y humillante, durante su periodo de hegemonía internacional, entre 1815 y 1914.⁵ Para los afrikáners fue la primera guerra en contra de un ejército europeo, con la utilización de armas de fuego. La gran mayoría de los estudios subrayan el incuestionable drama vivido por la población civil afrikáner durante la guerra —en la ciudades sitiadas y en los campos de concentración— y sus secuelas de enfermedades, hambruna, pauperización y muerte. Pero en la gran mayoría de esos trabajos se “ignora” el impacto de la guerra en los pueblos de piel negra, que en el mejor de los casos aparecen como fantasmas pasivos.

En la historia de la invasión colonial en el sur del continente, ese conflicto armado fue un parteaguas doloroso: hizo posible el nacimiento de la alianza hegemónica entre la minoría blanca —afrikáner y británica— que décadas después serviría de fundamento para la institucionalización del sistema de explotación racista, conocido como *apartheid*. La Guerra Sudafricana provocó la muerte de miles de africanos, aceleró el proceso de proletarianización de éstos y la pérdida de sus tierras, y anuló las últimas expectativas que tenía la incipiente élite africana en el “humanismo” [*sic.*] del pensamiento victoriano.

En este artículo se plantea que para poder elaborar una lectura política de la génesis del *apartheid* es indispensable el estudio de la Guerra Sudafricana, pieza clave en la institucionalización de la explotación racista. En esta línea de pensamiento —más allá de los pormenores del conflicto bélico— se propone el análisis de la guerra como parte de un intrincado proceso de recomposición hegemónica de la minoría blanca local, en el cual pueden distinguirse tres etapas: la fase prebélica, que coincidió con el despegue de la industria minera, en cuyo contexto surgieron las fuentes de conflicto más neurálgicas (aduanas, ferrocarriles y el problema *uitlander*); la fase de la

⁵ Cfr. Thomas Pakenham, 1993, *The Boer War*, Johannesburgo, Jonathan Ball, edición ilustrada, p. 9.

guerra y, por último, la fase de la formación de la alianza hegemónica de la minoría blanca, con la creación de la Unión Sudafricana, en 1910. En este trabajo se abordan sólo las dos primeras fases.

La fase prebélica

En los primeros años de la década de 1890, el extremo sur de África era una región casi desconocida en los países europeos y de América del Norte, a pesar de que ahí existían unidades políticas dominadas por dos grupos blancos: afrikáners⁶ y británicos, vinculados entre sí por complejos lazos de conflicto-cooperación y que se traducían en un precario equilibrio de fuerzas. Incluso los reducidos círculos occidentales en contacto con esa parte del continente africano —a través de la expansión colonial y/o de las misiones cristianas— tenían una idea difusa de la situación política en esa zona.

Las relaciones de conflicto-cooperación entre los dos grupos blancos comenzaron a gestarse con la penetración británica⁷ en la región, a principios del siglo XIX, cuando —en el contexto de las pugnas de poder en Europa— por motivos estratégicos —defender la ruta comercial hacia la India— Gran Bretaña ocupó la conflictiva y pobre colonia holandesa del Cabo, poniendo fin a casi un siglo y medio de dominio holandés.⁸ Desde el primer momento, surgió la incompatibilidad entre dos formas de organización socioeconómica y política opuestas entre sí: la británica, basada en el capitalismo industrial y en el

⁶ En este trabajo se usa el término de afrikáners para denominar a los descendientes de los primeros colonos blancos —en su gran mayoría descendientes de holandeses— y que en el siglo XIX hablaban una nueva lengua, el afrikaans. Hasta el siglo XVIII, este grupo era denominado bóers, pero los primeros años de la colonización británica, en algunos sectores, este nombre adquirió una connotación negativa.

⁷ El ejército británico ocupó la colonia holandesa del Cabo por primera vez y en forma temporal en 1795. La segunda ocupación comenzó en 1806 y en 1814 fue declarada colonia británica. Leonard Thompson, *op. cit.*, p. 52.

⁸ Durante el llamado periodo holandés, entre 1652 y finales del siglo XVIII, El Cabo fue una colonia de una compañía privada (Compañía Holandesa de las Indias Orientales). Pasó a manos del gobierno holandés en la última década del siglo XVIII y poco después fue ocupada por el ejército británico. Regresó en forma temporal al dominio holandés en 1803, pero a partir de 1806 pasó a la soberanía de la Corona británica.

liberalismo político, y la afrikáner, gestada en parte durante la primera fase de expansión de los colonos de origen holandeses en el siglo XVIII, que produjo una sociedad compleja y racialmente estructurada, con una lengua y cultura propias, con una economía dominada por el pastoreo seminómada y por la agricultura rudimentaria, con uso de fuerza de trabajo africana cautiva. A corto plazo, esta incompatibilidad y los esfuerzos del gobierno por imponer el orden colonial inglés a los afrikáners se tradujeron en una lucha de poder.

En el otro lado de la moneda, los dos grupos de colonos de origen europeo compartían un sentido de identidad, basado en un interés político-estratégico y “legitimado” en términos racistas: afrikáners y británicos tenían como objetivo imponer el dominio blanco, con la explotación no sólo de los recursos naturales sino sobre todo de la fuerza de trabajo local. En torno a este objetivo, afrikáners y británicos tejieron intrincadas relaciones de cooperación. En las primeras décadas del siglo XIX, la expansión territorial y el sometimiento de los pueblos africanos tuvieron un carácter prioritario para los dos grupos blancos, lo que permitió diferir el conflicto abierto entre éstos y favorecer la cooperación entre el ejército colonial británico y los comandos afrikáners en numerosas acciones de conquista y de represión en contra de los pueblos de piel negra. La complejidad de las relaciones entre esos dos grupos blancos es sintetizada por William Henry Vatcher,⁹ quien sostiene:

El siglo XIX fue un periodo de disputas, de manipulaciones para obtener ventajas, de toma y daca. Con el avance del siglo, las relaciones se volvieron más intensas y las protestas más frecuentes [...]

En ese clima de hostilidad latente, la abolición de la esclavitud en el Imperio británico, en 1833, fue percibida por los afrikáners como una amenaza para sus instituciones, por lo que la gran mayoría de ellos decidió abandonar la colonia inglesa del Cabo —migración conocida como el Gran Trek— para invadir el interior del continente. Después de un periodo de

⁹ William Henry Vatcher, 1965, *White Laager. The Rise of Afrikaner Nationalism*, Nueva York, Praeger, p. 27.

guerras para someter a los pueblos africanos y de fricciones con el colonialismo inglés, a mediados del siglo XIX, los afrikáners fundaron dos repúblicas independientes: el Estado Libre de Orange y la República del Transvaal (también llamada República Sudafricana).

En el interior del continente y mal comunicadas con la costa, estas repúblicas estaban formadas por pequeñas comunidades rurales, que sobrevivían en forma aislada en una zona geográfica amplia, pero sin relevancia económica. Aunque con una estructura republicana, con un fuerte individualismo tendían a ser sociedades patriarcales¹⁰ divididas internamente por rivalidades político-religiosas (sobre todo en el Transvaal), con aparatos administrativos deficientes y economías rudimentarias.¹¹ Sin una conciencia política de unidad nacional, su sentido de pertenencia al *afrikaner volk* (pueblo afrikáner) estaba basado en la lengua y en la mitología racista —que articulaba creencias religiosas y distorsiones históricas.

La creciente desconfianza afrikáner hacia los británicos

En la década de 1860 la región empezó a adquirir importancia económica, sobre todo en Gran Bretaña, a raíz del descubrimiento de los yacimientos de diamantes en Kimberly, entre la Colonia del Cabo, el Transvaal y el Estado Libre de Orange. Sin embargo, en términos generales seguía siendo una zona poco relevante y prueba de ello fue el hecho de que el primer enfrentamiento armado entre el ejército colonial británico y la República del Transvaal —a inicios de la década de 1880— pasó prácticamente inadvertido para la opinión pública europea y norteamericana.

La Guerra del Transvaal —denominada primera Guerra de Liberación en la historiografía oficial afrikáner— acentuó la complejidad de las relaciones entre los dos grupos blancos. En cuanto a los afrikáners, contribuyó, por un lado, a estimu-

¹⁰ “En cada familia el padre era la ley y era un autócrata en sus dominios”, Allister Sparks, 1996, *The Mind of South Africa*, Londres, Mandarin, p. 127.

¹¹ T.R.H. Davenport, 1979, *South Africa. A Modern History*, Toronto, University of Toronto, pp. 63-65.

lar su ímpetu nacionalista: el inicio de las hostilidades bélicas tomó por sorpresa a los británicos y después de unas cuantas batallas —y de una derrota importante en la colina Majuba— los ingleses decidieron reconocer la independencia del Transvaal. Por otro lado, incrementó su desconfianza: la expansión del Imperio británico podría anular la independencia de sus frágiles repúblicas.

Como consecuencia de la Guerra del Transvaal, en la década de 1880 la tensión entre afrikáners y británicos estaba a flor de piel y la relación de cooperación era más difusa y contradictoria. En esa época, la gran mayoría de los pueblos africanos de la región habían sido conquistados y por lo tanto el conflicto entre los colonos blancos y los africanos había dejado de ser prioritario. En ese contexto, entre la tensión abierta y la cooperación difusa empezaron a surgir nuevas fuentes de conflicto, que al agudizarse, finalmente desembocarían en un enfrentamiento armado.

Entre estas fuentes de conflicto destaca la fragilidad estructural de las economías de las repúblicas afrikáners, lo que ejercía una presión en sus dirigentes para intentar el establecimiento de vínculos económicos más estrechos con las colonias inglesas. En este sentido, los afrikáners pretendían convencer a los ingleses para crear una unión aduanera que les permitiera beneficiarse de los impuestos recaudados por el tráfico comercial en los puertos de las dos colonias costeras. Hasta mediados de la década de 1880, los británicos no mostraron gran interés por establecer estos vínculos.

Otra fuente potencial de conflicto era la búsqueda de rutas de acceso al mar para el comercio de las repúblicas afrikáners, en especial para el Transvaal. La solución más fácil habría sido la extensión de las vías férreas procedentes de las colonias de la Corona. Sin embargo, entre la desconfianza afrikáner y la falta de interés del gobierno del Cabo, la República del Transvaal optó por otra salida: en 1882, comenzó la construcción del ferrocarril que uniría a esta república con la zona costera de la colonia portuguesa de Mozambique. Al principio con capital británico y más tarde del gobierno transvaaler —mediante la concesión a una compañía privada— la realización del proyecto fue accidentada y sólo pudo ser concluido en 1894.

Unos cuantos años después de la Guerra del Transvaal, el descubrimiento de los yacimientos de oro en la zona denominada Witwatersrand —también conocida como Rand— fue el inicio de una transformación radical en el extremo sur de África, que tendría como centro económico a la República del Transvaal. T.R.H.Davenport¹² sostiene que el preludio de la industria minera del oro provocó la polarización de intereses de acuerdo con criterios territoriales, más que étnicos; sin embargo, al paso de los años estimuló el conflicto entre los dos grupos blancos.

En el contexto del auge de la minería del oro y de los diamantes, la búsqueda de una salida al mar —con la consecuente construcción de vías férreas— para el comercio de las repúblicas afrikáners adquirió nueva relevancia y tomó un giro distinto, no sólo para el gobierno de Kruger, sino principalmente para los intereses británicos. El uso de los puertos de las colonias británicas equivalía al reconocimiento, por parte de los afrikáners, de su dependencia *vis-à-vis* de los ingleses, cuya economía colonial se habría visto beneficiada con el intenso tráfico minero.

Los afrikáners podían buscar el acceso a otros puertos, lo que les permitiría consolidar su independencia frente a la Corona inglesa, sobre todo tomando en cuenta el respaldo que podrían brindar los inversionistas alemanes en el Transvaal. En este sentido, podían intentar la expansión de la frontera transvaaler hacia la región de la costa, aún independiente, o negociar con el gobierno colonial portugués el uso del puerto de Lorenzo Marques (hoy Maputo), en la bahía Delagoa. Entre 1888 y 1895, con la conquista de Rodesia y Thongaland —ubicada entre la colonia de Natal y la colonia portuguesa de Mozambique—, Gran Bretaña no sólo le cerró el paso hacia la costa, sino que además la República del Transvaal quedó prácticamente encerrada en sus fronteras, rodeada por territorios bajo dominio de la Corona inglesa. Por lo tanto, la segunda opción parecía ser la única viable y desde 1892 el gobierno de Kruger otorgó un financiamiento para construir el tramo de la línea férrea que uniría a la República con la colonia portuguesa.

Después del descubrimiento de los yacimientos de oro, a pesar de la negativa de las repúblicas a aceptar que ferrocarril-

¹² *Ibidem*, p. 134.

les procedentes de las colonias británicas cruzaran su territorio, los gobiernos del Cabo y de Natal iniciaron la construcción de vías férreas hacia las fronteras del Estado Libre de Orange y del Transvaal. Valiéndose de diferentes presiones, a finales de la década de 1880 los gobiernos del Cabo y de Natal lograron vencer la resistencia de las autoridades de las repúblicas afrikáners para expandir las vías férreas. Como consecuencia, entre 1892 y 1895 el Transvaal quedó integrado, por medio de tres sistemas de ferrocarriles, con los puertos situados en El Cabo, en la bahía Delagoa y en Natal.

Este hecho amplió el margen de acción del Transvaal, que tenía la posibilidad de elegir entre estos tres sistemas y podía manipular las tarifas del transporte ferroviario en su territorio, pero al mismo tiempo avivó el conflicto: tenía un significado político para el gobierno transvaaler —que le permitía mayor independencia, al romper con el acorralamiento creado por la presencia del colonialismo británico en sus fronteras—, pero para los grandes dueños de las minas de oro —conocidos como *Randlords*— representaba un costo económico, al repercutir los precios del transporte en los precios de mercancías de consumo y bienes de capital.

Así, en 1895 las fricciones entre la Colonia del Cabo —que en parte representaba los intereses de los magnates mineros— y la compañía que tenía la concesión de trenes dentro del territorio transvaaler provocaron una crisis, durante la cual el primer ministro del Cabo, Cecil Rhodes, y el presidente del Transvaal, Paul Kruger, amenazaron con el uso de la fuerza para resolver sus diferencias,¹³ aunque finalmente Kruger desistió. Esa crisis, que pudo haber sido el origen de la profunda enemistad entre el joven hombre de negocios inglés —convertido en político— y el anciano gobernante afrikáner fue el preámbulo de la frustrada invasión al Transvaal, conocida como *Jameson Raid*.

Atraídos por la riqueza minera llegaron miles de inmigrantes blancos de diferentes países¹⁴ —en especial ingleses, tanto

¹³ Davenport, *op. cit.*, p. 135; H.L. Wesseling, 1996, *Divide and Rule. The Partition of Africa, 1880-1914*, Westport, Praeger, p. 302.

¹⁴ En principio, el término *uitlander* tenía una connotación étnico-cultural y era aplicado en el Transvaal sólo a los inmigrantes blancos no afrikáners, por lo tanto no era aplicable a los afrikáners procedentes de Orange o de la Colonia del Cabo. De

de Gran Bretaña como de las vecinas colonias del Cabo y Natal— a la República del Transvaal. Desde inversionistas hasta obreros calificados, los nuevos inmigrantes —denominados *uitlanders* (extranjeros) en lengua afrikaans— se convirtieron en una nueva fuente de conflicto entre británicos y afrikáners. A corto plazo, la creciente inmigración *uitlander* fue percibida por el gobierno transvaaler como una amenaza. La población *uitlander* estaba integrada en su gran mayoría por hombres adultos, que laboraban en el floreciente sector minero, que no hablaban afrikaans y que eran considerados por la conservadora comunidad transvaaler como aventureros. A su vez, la población transvaaler estaba formada por familias afrikáners —algunas procedentes del Estado Libre de Orange— al margen del bullicio del moderno desarrollo minero. Al considerar que la creciente presencia *uitlander* ponía en peligro sus valores culturales y su independencia política, el *volksraad* (consejo legislativo) del Transvaal restringió el derecho de voto en los comicios para elegir al presidente de la República y a los miembros del *volksraad* a los hombres blancos de nacionalidad transvaaler y quienes debían tener por lo menos 14 años de residencia en dicha República. Para los blancos que no cumplían este requisito fue creado un órgano separado, pero con poderes limitados.

La determinación del número de *uitlanders*, en comparación con el número de transvaalers, se volvió un problema político y los datos eran manipulados tanto por el gobierno transvaaler como por autoridades británicas. El gobierno de Kruger sostenía que había más *uitlanders* que transvaalers y otorgarles el derecho de voto a los extranjeros implicaba anular la autonomía de los afrikáners. No hay datos confiables que permitan conocer con precisión las estadísticas poblacionales. H.L. Wesseling¹⁵ deduce que en cuanto al número de hombres adultos, era mayor el grupo de *uitlanders*, pero la comunidad transvaaler

acuerdo con el único censo levantado en el Transvaal durante la época de la república afrikáner, en la década de 1890, la gran mayoría de la población blanca inmigrante procedía de Gran Bretaña y de las colonias inglesas del Cabo y Natal. Otros extranjeros eran rusos judíos, alemanes, australianos, holandeses, estadounidenses y franceses. Cit. por J.S. Marais, 1961, *The Fall of Kruger's Republic*, Oxford, Clarendon Press, p. 1.

¹⁵ Wesseling, *op. cit.*, p. 303.

era dominante si se toma en cuenta la cantidad total de la población: esta comunidad estaba formada por familias con numerosos niños.

La ruptura del precario equilibrio: el *Jameson Raid*

En forma repentina, en diciembre de 1895, la relación conflictiva entre estos dos grupos de colonos blancos atrajo la atención de la opinión pública inglesa, cuando fracasó un intento de invasión que debería haber generado las condiciones necesarias para que un grupo de disidentes llevara a cabo un golpe de Estado en contra del gobierno de Kruger en la República del Transvaal —conocido como *Jameson Raid*—¹⁶ que debería ser respaldado por un levantamiento de *uitlanders*. En tono irónico, Robert A. Huttenback¹⁷ describe el fallido intento:

El domingo 29 de diciembre de 1895, Jameson dirigió a sus 600 hombres a través de la frontera del Transvaal. El fracaso estaba asegurado desde el momento en que un soldado (inglés) cortó y quemó una parte de la barda de una granja, pensando que era la línea del telégrafo hacia Pretoria [...] En Krugersdorp, a unas 20 millas de Johannesburgo, Jameson fue detenido por un fuerte contingente bóer y el 2 de enero de 1896, los avergonzados invasores eran forzados a rendirse.

En el complot estaban involucrados destacados políticos y hombres de negocios ingleses. De acuerdo con la versión de éstos, la finalidad era defender a los *uitlanders* (blancos) en contra del autoritarismo y la opresión del gobierno de Kruger. A partir de ese momento, la falta de derechos políticos de los *uitlanders* en el Transvaal se convirtió en un tema polémico y llamativo para la opinión pública europea: junto a los simpatizantes de la “causa *uitlander*”, surgieron voces favorables a los

¹⁶ “Leander Starr Jameson [...] el hombre que prestaría su nombre a uno de los fiascos más espectaculares en la historia colonial, [...] decidió dar la espalda a una prometedora carrera como médico y, como su futuro amigo Rhodes, siguió a su hermano mayor a Sudáfrica [...] En 1878, poco después de su llegada a Kimberly, conoció a Rhodes, con quien inició una amistad que duraría el resto de su vida. Se convirtió en accionista de las empresas de Rhodes y trabajó para él [...]” H. L. Wesseling, *op. cit.*, p. 305.

¹⁷ Robert A. Huttenback, 1975, *The British Imperial Experience*. Westport, Greenwood Press, primera reimpresión, p. 109.

afrikáners y de condena al complot, sobre todo entre los afrikáners del Cabo y en Alemania, cuyo káiser —probablemente influido por la prensa nacionalista, que demandaba una posición dura frente a Londres— envió a Kruger un mensaje de felicitación por haber resistido “el ataque externo”. Ese mensaje, conocido como el Telegrama Kruger, suscitó el mito de que el Transvaal podría ser convertido en un protectorado alemán y que la rivalidad latente entre Gran Bretaña y Alemania podría trasladarse al sur de África, incrementando los riesgos de un enfrentamiento armado entre colonos blancos.

Es importante subrayar que en las repúblicas afrikáners los negros no tenían ningún derecho y, al igual que en el Estado Libre de Orange y en las dos colonias británicas, eran sometidos a formas inhumanas de trabajo cautivo, pero esta explotación no era motivo de gran preocupación para la opinión pública europea.

El frustrado intento de invasión fue realizado por un agente de la compañía minera de Cecil Rhodes, el hombre más poderoso en la industria minera de diamantes, antiguo miembro del parlamento y desde 1890 primer ministro de la Colonia del Cabo. Señalado como el cabecilla¹⁸ del complot, Rhodes fue presionado para que presentara su renuncia a su cargo en El Cabo y decidió abandonar en forma definitiva la política, pero conservó su curul en el parlamento. Aunque la versión de la “defensa de los derechos de los *uitlanders*” tuvo un amplio eco en la prensa inglesa, surgieron tesis que la ponían en tela de juicio. Así por ejemplo, la participación de Rhodes sirvió de base para afirmar que había sido una conspiración del poderoso sector de inversionistas *uitlander*,¹⁹ que tenía como antecedente la antipatía personal entre Rhodes y Kruger.

¹⁸ Diversas fuentes atribuyen al secretario de Estado para las colonias del gobierno inglés, Joseph Chamberlain, la responsabilidad del complot, aunque nunca lo reconoció. En forma irónica, el Jameson Raid era llamado “Joe’s War”. Robert A. Huttenback, *op. cit.*, p. 110; Davenport, *op. cit.*, p. 135; A. Porter, 1990, “The South African War (1899-1902): context and motive reconsidered”, *Journal of African History*, 31 (1), pp. 44, 52; Wesseling, *op. cit.*, p. 306.

¹⁹ De acuerdo con esta tesis, se establecía como detonante de la fallida conspiración las pérdidas económicas sufridas por los magnates de la industria minera en la región, atribuidas al impacto negativo de las políticas del gobierno de Paul Kruger en la República del Transvaal. Esta tesis era insostenible, no sólo porque las dificultades económicas de la minería no eran relevantes, sino principalmente debido a la

H.L. Wesseling²⁰ plantea que Rhodes no buscaba enfrentar a británicos y afrikáners. Su objetivo —en el cual el secretario inglés para las colonias, Joseph Chamberlain, podría haber estado profundamente involucrado— era presionar a los afrikáners para establecer una federación que integrara a las dos repúblicas —Orange y Transvaal— y a las dos colonias inglesas —El Cabo y Natal— bajo la protección de la Corona inglesa. Rhodes, obsesionado por lograr la grandeza del Imperio y con un profundo desprecio por los pueblos africanos —quienes debían estar separados de los blancos y realizar formas de trabajo casi esclavo— afirmaba que “la británica era la mejor raza para gobernar el mundo”²¹ y que los afrikáners, a quienes consideraba como la “raza en ascenso”²² en el extremo sur de África, debían tener un papel esencial en una forma de expansión británica, en la que Londres no gobernaría. Robert A. Huttenback²³ observa:

Aunque Rhodes abogaba con firmeza por la expansión imperial en África, no veía al Imperio como específicamente centrado en Inglaterra. La suya era una visión amplia de una confederación global anglosajona entre iguales. Odiaba la “imposición impertinente y oficiosa del gobierno metropolitano” [...] y apoyaba fuertemente “el gobierno de Sudáfrica de la gente de Sudáfrica con la bandera imperial como defensa”.

El fracaso del *Jameson Raid* dejó sin solución “la causa de los *uitlanders*” y fortaleció la línea dura del liderazgo de Kruger, pero no alteró la determinación de algunos políticos ingleses influyentes, que querían integrar a las cuatro entidades dominadas por blancos en el sur de África bajo la hegemonía británica y, sobre todo, agravó la tensión existente entre afrikáners y británicos: la fallida invasión exacerbó el nacionalismo afrikáner en las dos repúblicas y avivó los riesgos de un conflicto armado.

personalidad y a la abierta posición política de Rhodes. *Cfr.* T.R.H. Davenport, *op. cit.*, p. 74.

²⁰ H.L. Wesseling, *op. cit.*, p. 301.

²¹ Robert A. Huttenback, *op. cit.*, p. 103.

²² Palabras de C. Rhodes, *cit. por.* H.L. Wesseling, *op. cit.*, p. 301.

²³ Robert A. Huttenback, *op. cit.*, p. 103.

La inmediata preguerra

Diversos factores coincidieron, a finales de la década de 1890, para crear un escenario muy explosivo, dominado por la propaganda, que presentaba a los *uitlanders* como un grupo oprimido, y que logró captar la atención de la opinión pública europea. En medio de un ambiente tenso, marcado por la politización de la problemática de las aduanas y los sistemas ferroviarios que comunicaban a las repúblicas afrikáners con el mar, por la exaltación del sentimiento antibritánico en el nacionalismo afrikáner —encendido por el sorpresivo auge minero y por el fallido *Jameson Raid*—, por la complejidad política regional y la información distorsionada que de ésta recibía el gobierno de Londres —a través de los funcionarios coloniales—, los errores de dirigentes locales favorecieron la radicalización de las posiciones políticas: el enfrentamiento bélico parecía ineluctable.

En el Transvaal, Kruger, reelecto presidente a inicios de 1898 y con una amplia experiencia en el manejo de la relación con los británicos, enfrentaba una situación interna contradictoria. En cuanto a la sociedad afrikáner, su base de apoyo se había fortalecido entre la población rural, pero estaba sometida a fuertes presiones por parte de sus oponentes políticos. En cuanto al poderoso sector de los *Randlords*, considerado como un aliado importante de los británicos, el gobierno transvaaler mantenía una compleja relación. Este sector se beneficiaba de la política racista impuesta por el gobierno de Kruger, que le permitía explotar una mano de obra negra barata, sin tener que enfrentar censuras de carácter humanitario. Pero al mismo tiempo la incesante búsqueda de ganancias por parte de los magnates de la minería era afectada de manera negativa por algunas medidas que pretendían desalentar el flujo migratorio *uitlander* y por las insuficiencias e incoherencias estructurales del sistema transvaaler: entre otras cosas, a pesar de las prácticas represivas, era incapaz de asegurar el abasto “estable” de fuerza de trabajo negra; ejercía un severo monopolio sobre la venta de algunos productos, en especial del alcohol —pero favorecía su consumo entre los obreros negros, lo que reducía su productividad laboral— y de la dinamita —pro-

ducto básico para la industria minera— e imponía altas tarifas para el transporte ferroviario.

A finales de la década de 1890 la política del gobierno de Kruger fue ambivalente. En 1898 en forma sorpresiva incrementó los impuestos a la industria minera y un año después se mostraba dispuesto a hacer grandes concesiones en favor de los dueños de las minas.²⁴ Al mismo tiempo parecía prepararse para la guerra: firmaba una alianza defensiva con el Estado Libre de Orange y adquiría armamento en Alemania y Francia.

Como alto comisionado británico para Sudáfrica y gobernador general del Cabo,²⁵ en 1897, fue nombrado Alfred Milner, un hombre que se convertiría en pieza clave en la agudización del conflicto. Considerado como un diplomático hábil, la principal preocupación de Milner era la expansión del poder británico en una región en la que el conflicto entre los dos grupos blancos estaba a flor de piel. Su obsesión por el poder, aunados a su desconocimiento del nacionalismo afrikáner, su insensibilidad para comprender la compleja situación política y su total ignorancia de la historia y de la cultura de los pueblos africanos aceleraron la crisis. Con Milner, se acentuó la ambigüedad de la política británica hacia las repúblicas. En cuanto a las declaraciones oficiales, las autoridades coloniales locales parecían cada vez más involucradas en la búsqueda de una salida para el conflicto —sobre todo en relación con los *uitlanders*— y dispuestas a asumir los costos. El gobierno de Londres parecía mantener una relativa distancia frente al conflicto, en medio de una creciente tendencia para reducir los gastos públicos. Hasta finales de la década, no había ningún indicio que permitiera afirmar que las colonias británicas o el gobierno de Londres se estaban preparando para la guerra.

Desde el principio, en mensajes secretos dirigidos a Chamberlain, Milner transmitió una imagen dramática de la situación de los *uitlanders* en el Transvaal. Sin embargo, Milner

²⁴ Wesseling, *op. cit.*, p. 318.

²⁵ De acuerdo con las leyes vigentes, las colonias del Cabo y de Natal tenían un primer ministro electo por aquellos habitantes locales que reunían los requisitos para tener derecho de voto y, aunque no había una prohibición de voto basada en el color de la piel, era prácticamente imposible que la gente de piel negra cumpliera con los requisitos. En cambio, el gobernador era designado por las autoridades de Londres.

advertía que intervenir para resolver “esa pesadilla” implicaba asumir los riesgos de desatar una guerra.²⁶ En los primeros meses de 1899, Milner intensificó sus esfuerzos para asegurar la supremacía británica en el sur de África y presionar al gobierno del Transvaal a introducir reformas en su sistema, con el reconocimiento de derechos políticos para los *uitlanders*.

Un acto de brutalidad perpetrado por la policía transvaaler en Johannesburgo —que provocó la muerte de un *uitlander* de origen inglés— contribuyó a exacerbar el nacionalismo entre la opinión pública británica: calificado como un “incidente desafortunado” por las autoridades del Transvaal, la prensa inglesa se hizo eco de las acusaciones lanzadas por los periódicos *uitlanders*, que lo consideraron como un crimen injustificado. En ese contexto, Alfred Milner redactó un largo documento para ser publicado por la prensa inglesa —conocido como *helot telegram*, en el que describía la situación de los ingleses en el Transvaal en los siguientes términos:²⁷

Sudáfrica puede prosperar bajo dos, tres o seis gobiernos, pero no bajo dos sistemas políticos y sociales absolutamente conflictivos [...] La causa en favor de una intervención es abrumadora [...] El espectáculo de miles de súbditos británicos mantenidos permanentemente en una posición de ilotas [...] pidiendo en vano al gobierno de Su Majestad una solución, en forma continua mina la influencia y la reputación de Gran Bretaña [...] Y la mejor prueba de su poder y de su justicia sería obtener para los *uitlanders* en el Transvaal que compartan en forma justa el gobierno del país que debe todo a sus esfuerzos.

Al comparar a los *uitlanders* con los ilotas —la clase de siervos que en Esparta ocupaba una posición intermedia entre los esclavos y los ciudadanos— y al manifestar que el prestigio internacional de la Corona estaba empañado por esa situación, Milner tocó las fibras sensibles de sectores relevantes de la sociedad británica y logró sacudir a la opinión pública: la imagen de los *uitlanders* como un grupo oprimido se había vuelto intolerable.

En medio de crecientes críticas y tensiones, el gobierno británico logró presionar a Kruger para que revisara el estatus polí-

²⁶ J.S. Marais, *op. cit.*, p. 286.

²⁷ *Cit. por.* Marais, 1961, p. 267.

tico de los *uitlanders* en el Transvaal: hasta ese momento, Kruger había logrado —con éxito— que el conflicto con los británicos girara en torno al problema de los puertos, las aduanas y los ferrocarriles, evitando que el tema de los *uitlanders* —que tocaba los sentimientos nacionalistas más sensibles de la opinión pública metropolitana— fuese el núcleo del debate. A partir de ese momento, el problema de los *uitlanders* dominó las relaciones entre transvaalers y británicos.

Gracias a la mediación del presidente del Estado Libre de Orange, en mayo de 1899, Kruger aceptó entrevistarse con Milner en Bloemfontein, con el fin de discutir diversos temas, incluida la situación política de los *uitlanders*. La Conferencia de Bloemfontein se convirtió en un choque de personalidades.²⁸ El joven Milner quería obtener concesiones para los *uitlanders*, como condición previa a cualquier otra discusión: no supo manejar la situación y en vez de negociar y buscar un compromiso, optó por una estrategia para acorralar y derrotar al presidente Kruger. Mientras que el joven diplomático perdía la calma, el veterano político afrikáner, uno de los pocos sobrevivientes del Gran Trek, se obstinaba en mantener su posición, aunque aceptó formular una propuesta de reforma. Milner declaró que la propuesta era “un avance”, pero era compleja y poco satisfactoria en diversos puntos. Después de recibir un mensaje de Milner, el secretario para las colonias, Joseph Chamberlain interpretó “el avance” como un triunfo e informó a un periódico londinense que la crisis en el Transvaal había concluido. Poco después Milner le comunicó que la Conferencia estaba a punto de fracasar. Chamberlain, pidiéndole que hiciera un último esfuerzo “antes de abandonar el juego”, afirmó: “Los bóers no entienden las decisiones rápidas sino que prefieren perder el tiempo en una negociación sin llegar a un acuerdo [*sic.*]”²⁹

La Conferencia de Bloemfontein fue un rotundo fracaso y agotó la última oportunidad de negociar sus diferencias. A partir de ese momento los errores políticos se convirtieron en un torbellino incontenible, que desembocaría en guerra. Cham-

²⁸ Wesseling, *op. cit.*, p. 320.

²⁹ *Cit. por.* J.S. Marais, *op. cit.*, p. 284.

berlain —desde Londres— planteaba continuas exigencias al gobierno de Kruger, mientras que Milner —en El Cabo— informaba a las autoridades metropolitanas que el gobierno transvaaler estaba a punto de claudicar y sostenía que si se equivocaba era preferible combatir en ese momento, en vez de diferir el conflicto por más años.

En septiembre, aunque Chamberlain había logrado convencer al gobierno de que era necesario mandar refuerzos militares a esa zona, debido a la falta de financiamiento, de soldados disponibles y de interés político, las tropas empezaron a llegar hasta noviembre, con soldados reclutados en las posesiones inglesas. Poco tiempo después, Milner destacó una patrulla militar para custodiar la frontera con el Transvaal, al tiempo que el secretario inglés para las colonias preparaba un ultimátum, que nunca expidió:³⁰

[...] los gobiernos del Transvaal y del Estado Libre de Orange estaban convencidos de que Gran Bretaña estaba decidida a destruir la independencia del Transvaal. Para golpear antes de que llegaran los refuerzos, Kruger emitió su propio ultimátum, que expiraba el 11 de octubre de 1899.

En el ultimátum al gobierno inglés, Kruger le exigía el retiro de sus tropas estacionadas a lo largo de la frontera del Transvaal, así como el retiro de las de refuerzo y la suspensión del envío de nuevos contingentes. Sin embargo, a pesar de la advertencia de los riesgos de guerra, Londres y las autoridades del Cabo y de Natal no estaban preparados ni militar ni políticamente para una situación prebélica. En esas colonias había sólo un pequeño destacamento castrense, pobremente equipado, y —en parte como consecuencia del letargo de las expresiones armadas de la lucha de poder en Europa a lo largo de ese siglo, y en parte por las características de la política interna británica en esa coyuntura histórica— en forma irónica el alto mando del ejército de la gran potencia hegemónica internacional no estaba dispuesto a enfrentar una guerra moderna.

³⁰ L. Thompson, *op. cit.*, p. 141.

“La última guerra de la era victoriana”

El 11 de octubre de 1899 estalló la guerra, cuando los afrikáners —aprovechando la ventaja de la ofensiva— lanzaron el primer ataque. Desde el primer momento, el éxito británico era predecible, pero el enfrentamiento bélico siguió un curso insospechado.³¹ El Estado Libre de Orange se sumó a las fuerzas del Transvaal, lo que favoreció que en la primera fase de la guerra los contingentes afrikáners fueran numéricamente dominantes.

Peter Warwick³² distingue tres fases en el desarrollo bélico: la primera, la ofensiva afrikáner, la segunda fase el repliegue afrikáner-avance del ejército británico y por último, la fase dominada por los ataques de la guerrilla afrikáner. En la primera fase los afrikáners tuvieron éxito: eran unos 40 000 hombres, organizados en comandos, sin una auténtica disciplina militar, pero con gran movilidad. Iniciaron la ofensiva en tres frentes simultáneos: en el primero, los comandos ocuparon el norte de la colonia de Natal y sitiaron la ciudad de Ladysmith; en el segundo frente, invadieron la Colonia del Cabo y penetraron hacia el occidente, afectando las comunicaciones británicas con su colonia en Rodesia; por último, en el tercer frente, sitiaron las guarniciones británicas en las ciudades de Kimberly y Mafeking. En los tres frentes, los británicos sufrieron graves derrotas y en ocasiones se desarrollaron sangrientas batallas cuerpo a cuerpo, algunos puestos militares fueron sitiados y grupos de soldados quedaron aislados, mientras que otras tropas tuvieron que replegarse hacia zonas más seguras.

En la segunda fase, en el año de 1900, el ejército británico logró reorganizar sus filas, reforzadas con nuevos contingentes, procedentes de países bajo dominio de la Corona británica. Con unos 400 000 soldados y una poderosa artillería, el ejército británico fue encabezado por lord Kitchener, quien había dirigido a las tropas inglesas en Sudán en contra de la revolución protagonizada por El-Mahdi. Esta reorganización le permitió al ejército de la Corona liberar a las tres ciudades sitia-

³¹ Wesseling, *op. cit.*, p. 321.

³² Warwick, 1981, *Black People and the South African War, 1899-1902*, Cambridge, Cambridge University Press, p. 3.

das. A finales de febrero de 1900, comenzaron las derrotas para los comandos afrikáners, que tuvieron que replegarse hacia el interior de sus territorios y poco después el ejército británico empezó a ocupar las repúblicas afrikáners. Sus principales ciudades fueron tomadas por el ejército británico y miles de hombres fueron capturados. En mayo del mismo año, el gobierno inglés convirtió al Estado Libre de Orange en la Colonia del Río Orange. En junio, el presidente Kruger huyó al exilio y nunca regresó a Sudáfrica. Tres meses después, la República del Transvaal fue anexada a las posesiones inglesas, con el nombre de Colonia del Transvaal. Con esta fase concluyó la guerra convencional, marcada por el triunfo militar británico y por la creciente —pero disfrazada— incorporación de africanos en el conflicto bélico, sobre todo en las filas encabezadas por Kitchener.

No obstante, la guerra continuó. La tercera fase fue la más larga y brutal: unos 15 000 afrikáners recurrieron a las guerrillas, formando unidades militares pequeñas y con una movilidad extraordinaria. Sin capacidad para lograr un triunfo militar en el campo de batalla, desde finales de 1900 y hasta abril de 1902, las guerrillas afrikáners llevaron a cabo invasiones en pequeña escala en el territorio de la Colonia del Cabo, asaltando, emboscando, saqueando y destruyendo los puestos británicos y sabotando el sistema de comunicaciones inglés, aunque provocando pocas muertes. Al mismo tiempo, el ejército británico no tenía capacidad para detener a las guerrillas afrikáners y sus tropas estaban afectadas por epidemias, por el alcoholismo y por continuas deserciones.

La respuesta del ejército británico fue la represión ilimitada. Para aislar a las guerrillas, fueron destruidas miles de granjas afrikáners y sus cosechas. En algunas partes el ganado fue parcialmente exterminado, y familias enteras de afrikáners fueron llevadas a campos de concentración. En los primeros meses de 1902, las tácticas represivas habían logrado erosionar la capacidad de combate de los comandos afrikáners. De acuerdo con P. Warwick,³³ entre octubre de 1899 y mayo de 1902, murieron en el campo de batalla 22 000 soldados ingleses y

³³ *Ibidem*, p. 1.

unos 7 000 afrikáners, mientras que en los campos de concentración perdieron la vida aproximadamente 28 000 civiles afrikáners, muchos de ellos niños pequeños, víctimas de epidemias y de desnutrición.

Los primeros intentos por negociar la paz tuvieron lugar en abril de 1902, con la participación de delegados de las dos ex repúblicas y de Kitchener y concluyeron el 31 de mayo, con la firma del Tratado de Paz en el pueblo minero de Vereeniging.

Un conflicto incomprensible

A pesar de que al principio se exaltaron los sentimientos nacionalistas en Gran Bretaña, creando un clima de fervor patrio en torno a la "causa *uitlander*", el desarrollo de la guerra despertó ásperas polémicas en círculos académicos y políticos y provocó la polarización de amplios sectores de la opinión pública en Europa y en América del Norte. En Gran Bretaña, Holanda, Alemania, Bélgica, Francia y Estados Unidos, entre otros países, brotaron grupos de simpatizantes con la causa de los afrikáners. Sin embargo, el núcleo del conflicto seguía siendo prácticamente incomprensible y como tenía lugar en un escenario histórico-político casi desconocido y físicamente lejano, estos respaldos tuvieron un impacto mínimo en la guerra, sin que surgiera la amenaza de una intervención militar de apoyo a las repúblicas.

En los países occidentales, el conflicto se convirtió en tema relevante debido a que la región formaba parte de la periferia del Imperio británico, pero sobre todo por la percepción de que estaban en juego intereses esenciales de afrikáners y británicos y de que un estrecho vínculo unía a la compleja problemática sudafricana con el papel hegemónico de Gran Bretaña en todo el mundo.

En los primeros estudios del conflicto bélico se hacía énfasis en el carácter inestable del contexto mundial en la última década del siglo XIX, ante la descomposición del orden internacional surgido al finalizar las guerras napoleónicas, marcada por la erosión de la capacidad hegemónica de Gran Bretaña

para mantener dicho orden, por la presencia de Alemania y de Estados Unidos como potencias rivales emergentes y por el auge del expansionismo europeo —basado en una nueva forma de imperialismo.

Este énfasis contrastaba con el desconocimiento de la realidad de los pueblos de piel negra de África austral, que al igual que en el resto del continente, a finales del siglo XIX se caracterizaba por la aceleración de los cambios cualitativos, que a lo largo de ese siglo habían sacudido a las sociedades locales. Gestados en profundos procesos internos³⁴ de diferenciación social, política y económica y expresados en el ámbito regional en conquistas, alianzas e incorporación de nuevas poblaciones y en el desarrollo del comercio transafricano, esos cambios afloraron en el surgimiento de estructuras económicas y políticas sofisticadas en distintos grupos africanos, que sin embargo no compartían un sentido de identidad común frente al invasor blanco. A finales del siglo, el auge de la expansión colonial afrikáner y británica aceleró el ritmo de los cambios y propició la distorsión definitiva de la naturaleza de éstos, lo que se tradujo en la desarticulación de las estructuras políticas y económicas, anulando su capacidad de resistencia armada: los pueblos africanos que habían conservado su independencia fueron conquistados por el ejército inglés y por los comandos afrikáners. En ocasiones, la expansión se logró por medio de la manipulación de las diferencias existentes tanto dentro de un mismo grupo como entre distintos grupos étnicos. En otros casos, el temor de algunos pueblos africanos frente a una de las dos comunidades

³⁴ Es importante subrayar la dinámica interna de las sociedades africanas como principal motor de los profundos procesos de cambio surgidos en el siglo XIX. Hacia 1830, en el contexto de la prohibición de la esclavitud en Europa, los procesos en África habían empezado a ser influidos por la incipiente penetración de agentes coloniales europeos —comerciantes, misioneros, militares, aventureros. En este sentido, se rechaza la tesis tradicional que sostiene que los cambios en África fueron provocados por la penetración colonial y que reproduce el mito de las sociedades africanas “estáticas”. Cfr. Leonard Thompson, 1990, pp. 70-109; J. D. Omer-Cooper, 1978, “Aspects of Political change in the nineteenth-century Mfecane”, en Leonard Thompson (ed.), *African Societies in Southern Africa*, Londres, Heinemann, pp. 207-229; David Birmingham, 1976, “The forest and the savannah of Central Africa”, en John E. Flint (ed.), *The Cambridge History of Africa. Volume 5 from 1790 to c. 1870*, Cambridge, Cambridge University Press, pp. 222-269; A. E. Afigbo y E. A. Ayandele, 1986, *The Making of Modern Africa, vol. 1, The Nineteenth Century*, Londres, Longman.

En los primeros meses de 1900, comenzaron las recriminaciones mutuas por la intervención de negros en las batallas. Cuando la guerra entró en su fase más cruenta, aumentó el número de africanos que intervenían en las batallas. Fueron creados campos de concentración exclusivos para personas negras: los hombres eran incorporados en el ejército inglés y las mujeres y los niños retenidos en esos campos, pero, como expone T.R.H. Davenport, “sin que este hecho fuese publicitado y recibiera las denuncias de distinguidos sectores europeos”.⁴³ En la última fase de la guerra, participaron miles de africanos en el ejército británico.

En este renglón es importante tomar en cuenta que en numerosos casos los africanos fueron reclutados en contra de su voluntad, en ocasiones sin recibir un salario, por los dos bandos. Sin embargo, como lo demuestran algunas investigaciones, en otros casos los grupos africanos estuvieron involucrados en el conflicto como resultado de la decisión tomada por sus jefes, quienes se consideraban directamente afectados por esa pugna de poder, y por razones de seguridad optaban por aliarse con una de las dos facciones, en especial junto al bando británico. En este caso destaca el trabajo de R.F. Morton,⁴⁴ quien aborda el caso de Linchwe I, jefe de un grupo tswanaparlante, llamado Kgatla, quien tenía sus propios objetivos —la reunificación de su grupo, recuperar sus tierras invadidas por los afrikáners y restaurar su autonomía— para involucrarse en la guerra del lado británico. Morton plantea que la historia de Linchwe I ayuda a explicar “por qué algunos negros escogieron tomar parte en la *white man's war*”.

Desde el inicio de la guerra, en las repúblicas afrikáners fueron impuestas severas medidas que tenían como finalidad, por un lado, garantizar la existencia de mano de obra africana cautiva —casi siempre sin pago— para las tareas de apoyo a los comandos y para realizar las faenas agrícolas y, por otro, evitar las rebeliones de africanos. A pesar de estas medidas, obreros negros protagonizaron brotes de resistencia en las zonas mineras, aunque fueron sometidos en forma violenta.

⁴³ T.R.H. Davenport, *op. cit.*, p. 145.

⁴⁴ R.F. Morton, 1985, “Linchwe I and The Kgatla Campaign in the South African War, 1899-1902”, *Journal of African History*, 26 (2-3), pp. 169-191.

Los africanos no podían estar al margen de las pugnas de poder que se desarrollaban en su propia tierra: con la guerra, tanto afrikáners como británicos pretendían imponer su dominio no sólo al otro grupo blanco adversario, sino principalmente en relación con los pueblos africanos, quienes eran el enemigo estratégico de los dos grupos blancos. La brutalidad de la guerra no tuvo límites: en el sitio de Kimberly la gran mayoría de los 1 500 muertos eran africanos. De acuerdo con cifras oficiales, citadas por Peter Warwick,⁴⁵ “durante 1900 sólo dos de cada diez niños negros nacidos en el área de Kimberly sobrevivían”. La violencia en contra de los negros fue menos publicitada, pero fue tan brutal como la sufrida por la población civil afrikáner, con la gran diferencia de que eran agredidos en forma simultánea por los dos grupos blancos.

Comentarios finales

Al concluir la más sangrienta, costosa y larga de las guerras del periodo de la *Pax Britannica*, se acentuó el conflicto esencial entre afrikáners y africanos de piel negra; se consolidó el nacionalismo afrikáner —con nuevos héroes y nuevos mitos— pero se volvió más amargo, políticamente más conservador y asumió un carácter autoritario y personalista. Al mismo tiempo, la Guerra Sudafricana aceleró el proceso de transformación capitalista de la economía afrikáner —iniciado con el descubrimiento de los yacimientos de oro—, el surgimiento de una burguesía afrikáner urbana y la creación de un mercado integrado. Pero sobre todo, como consecuencia de la guerra, la pugna de poder entre las dos comunidades de origen europeo tomó un nuevo cauce, con el nacimiento de una alianza hegemónica, que se convertiría en el fundamento del Estado moderno en Sudáfrica, basado en la institucionalización de las prácticas de explotación racista —vigentes en ese país desde finales del siglo XVII— y de la supremacía blanca: la Guerra Sudafricana fue la génesis del sistema del *apartheid*.

⁴⁵ P. Warwick, *op. cit.*, p. 129.

Como sostiene H.L. Wesseling, la sudafricana fue la principal guerra colonial en la era del nuevo imperialismo, y aunque en las primeras décadas del siglo XX fue objeto de estudio de numerosos observadores internacionales, fue mal comprendida y rápidamente olvidada.⁴⁶ A finales del siglo XX y como parte del proceso de construcción de la sociedad *postapartheid*, los historiadores sudafricanos han iniciado la tarea de analizar esa guerra, que no puede desvincularse de procesos mundiales relevantes en esa coyuntura histórica, pero cuyas raíces se gestaron en los conflictos por la supremacía entre los grupos negros y los blancos y entre afrikáners y británicos. ❖

⁴⁶ H.L. Wesseling, *op. cit.*, 327.